

# La aventura silenciosa

Marcelo Deza



Image not found.

## Capítulo 1

Yo quería visitar la casa cuando me invadía la soledad, aquella que me quitaba las ganas de vivir. Para entonces yo contaba con quince años, y en aquél tiempo mis padres eran los titiriteros de mis decisiones. En mi tiempo libre me refugiaba en los libros de literatura francesa que compré con mis ahorros, no obstante, en otras ocasiones se me permitía entrar a la biblioteca de mi abuelo fallecido. De tal manera podía huir del mundo y de los problemas cuando repasaba los cuentos esenciales de Maupassant o de cualquier otro autor consagrado. Pero como toda actividad realizada con constante ardor, tarde o temprano se convierte en hastío, y fue también quizá aquella sensación de congoja lo que me movió a querer hacer expediciones a la casa. Al principio me invadieron las dudas, las inseguridades naturales a causa de la ignorancia, y el miedo a no hallar el resultado anhelado. Tenía claro mi objetivo: yo esperaba sentirme más vivo, más dispuesto a mirar el mundo desde todos sus ángulos, porque hasta el momento lo que se me era cognoscible no sería sino la insatisfacción en el contexto de mis limitaciones. De tal manera aquellos pensamientos que se repetían me facilitaron iniciar mi empresa. Cabe mencionar que previamente conocía los pasos a seguir; descubrí que me separaban diez kilómetros de la casa, y conocía perfectamente el itinerario que me llevaría a ella. Andaría por la carretera que bordea al río barrovino ya que no existía el peligro de un posible accidente de tráfico, debido a que era como una lengua de arena desierta donde a nadie se le ocurría poner un pie, tenía varias rajaduras a los lados, cuando el río se precipitaba por su caudal furioso mojaba la arena y ésta se iba desmoronando por los costados. Sin duda sentirme tan cerca de aquél espectáculo me llenaría de éxtasis y no podría mantenerme tranquilo. Mis padres, con su inconciencia inicua, y tras haberme escuchado hablar sobre aquél lugar, me restringieron todavía más el salir a pasear por los parques con árboles de abundantes colores. Yo no veía natural todo eso, y empecé a odiarlos silenciosamente, no hacían más que convertirse en mis enemigos, porque qué padres no apoyarían a un hijo que tiene problemas, que yace impotente mientras mira por su ventana a los niños correr y saltar. Si fuese un delito el querer ser libre, es menester que aquellos que me encierran deberían ser los castigados, porque no hay delito más grave que haberme prohibido la libertad. Pero entre todo ese dilema he creído siempre que se puede rescatar algo provechoso de las situaciones más adversas, y así entonces yo continuaba utilizando mi cautiverio como lugar de inicio para ser libre a futuro. Reflexionaba, aunque la intranquilidad me interrumpía cuando escuchaba las voces como llamaradas de los niños viviendo, seguramente jugando a la pelota; y así renuncié a mis cavilaciones. Pero la casa nunca me dejó de importar, se iba a convertir en mi nuevo mundo, donde no hubiesen límites más que el que yo me trazaba, porque no existía nadie en el orbe que me conocía tan

bien como yo mismo; nadie me podía juzgar ni prohibir, era yo mi amo y señor. Así recomenzaba mis planes en el preciso instante en que desaparecían distracciones: primero fue el itinerario, la cual exigía una intensa caminata que me dejaría exánime, y en ese momento pensé en los alimentos que me devolverían las fuerzas necesarias. No hubo espacio para pensar en las posibles dificultades a causa del mal tiempo, aquello no me sería en demasía grave, sino una razón más para creer lo maravillosa que puede ser la naturaleza cualquiera que fuese su ánimo. En ese momento, cuando el sol descendía bajo los árboles del parque, me invadió una sensación de insaciable gozo mientras pensaba en el poco tiempo que me separaba de iniciar mi gloriosa empresa. El dulce fragor de los truenos entusiasmaba mi espíritu, animándole a exaltar su vitalidad. Y nada me importaba en ese entonces en medio de tantos sentimientos, ni siquiera que mi padre me tocara el hombro y me levantara de mi silla para después cargarme en brazos susurrándome que hoy tenía que dormir temprano.